

castellano visto en función de su amor a España, en función de una España deseada, noble y generosa, cuna y cincel de aquellos hombres que convirtieron cada uno de sus pueblos en un pedazo de historia, historia que hoy más que nunca necesita revivir la patria en ruinas. Los héroes castellanos siguen poblando la meseta, pues aunque murieron, en Castilla el paisaje es el cielo, por lo que jamás de lugar cambiaron. Nos lo dice Laín con palabras justas; «entre la pupila de los descubridores y la haz de la tierra que contemplan un sueño se interpuso; un ensueño inventado por su alma menesterosa y proyectado desde ella sobre el suelo castellano tan asenderado y a la vez tan virginal. Veían así la tierra porque con los gozos del alma la soñaban poblada de animadas sombras humanas: sombras recordadas de hombres que pasaron, sombras imaginadas de hombres presentes, sombras posibles de hombres futuros. Entre el ojo y la tierra creada por el alma contemplativa vive y tiembla un ensueño de vida humana; una idea de la historia que fue, un proyecto de la historia que podría ser». ⁶ El paisaje se ha convertido de realidad geográfica en proyecto histórico. No cabe mayor subjetivización.

El reconocimiento

Antes de terminar el apartado que estamos estudiando da como de pasada un dato estadístico y cronológico que nos interesa reseñar «son todos ellos hombres cuya conciencia personal y española despierta y madura entre 1890 y 1905». Sabemos, pues, ya las fechas de sus triunfos iniciales, pero no nos dice nada de las de su nacimiento. Después, enumera los miembros de la generación, primero los cinco, a mi entender más representativos e importantes, de los cuales debo ocuparme en este trabajo: Unamuno, Baroja, Azorín, Machado y Valle-Inclán. Añade Menéndez Pidal y después no se olvida de los hombres que de alguna manera les preceden o suceden en el tiempo y las ideas. Se citan novelistas, poetas, filósofos, ensayistas, pintores y científicos, relacionados con la generación o que de algún modo se integran en ella. La lista es exhaustiva. Pienso que se omite un nombre: Manuel de Falla.

La invención

El capítulo titulado «¿Generación del 98?» trata de la invención o designación, como se le quiera llamar, de este grupo de hombres con el nombre de «generación del 98». Acredita a don Gabriel Maura y Gamazo como el primer escritor que la menciona, aunque sin darle nombre. El segundo paso corre a cargo de Azorín que en un artículo publicado en el diario ABC el 19 de mayo de 1910, titulado «Dos generaciones» y en otro que vio la luz en el mismo periódico en 1913 con el título de «La generación del 98», recogido después en su libro *Clásicos y modernos*, la define y la bautiza con el nombre hasta hoy no sustituido. Como podía esperarse, surge la polémica y es Baroja, el eterno anti-conformista aún joven pero ya rebelde y quisquilloso, quien se alza con la protesta más airada. En cinco puntos excesivamente drásticos y no tan verdaderos, se basa para negar

⁶ *Ibidem*, p. 26.

tajantemente la existencia de dicha generación, a la que llama «mítica» y, como ya hemos dicho, «fantasma». Unamuno ¡cómo no! también se queja; los demás callan. Y la designación que apuntara Maura e inventara Azorín toma cuerpo, se afianza y consigue una aceptación que difícilmente adquieren los conceptos no genuinos. A hacer que esta aceptación sea más «pública», «ineludible», e «insustituible» colaboran las citas que Laín entresaca de la obra de Melchor Fernández Almagro sobre la generación en la que él también cree. Después, apoyándose en la tesis de Petersen sobre las características que deben ser comunes a un grupo de escritores para constituir una generación, cita de acuerdo con el poeta Pedro Salinas siete de las ocho mencionadas por aquél y que cree son aplicables a los hombres de nuestro grupo. Entre ellas están incluidas algunas de las más esenciales y que mejor les definen, por lo que recomendamos definitivamente la lectura de este apartado, del que damos un pequeño adelanto: «La cronología se completa al darse la fecha de nacimiento que se fija entre 1864 y 1875. Se afirma la homogeneidad de educación, declarando que todos fueron autodidactos (el profesor Laín, siguiendo el parecer de la Academia que hoy preside y que en la página 215 de su edición del *Diccionario de la Lengua Española* de 1927 tiene una entrada que dice: «autodidacto, adj. Que se instruye por sí mismo», llama a los escritores del 98 autodidactos; causa cierta extrañeza esta denominación, ya que en el uso general en cuanto a esta materia se refiere se les da el nombre de autodidactas, por otra parte refrendado por doña María Moliner en su *Diccionario del uso del español*. AUTODIDACTO-A (Se emplea la terminación «a» tanto para el masculino como para el femenino). Se aplica al que se ha instruido o educado por sí mismo, sin maestro o profesor. (Del griego autodidactus).

Se habla a renglón seguido de la relación personal entre los mismos, a la que yo llamo actos públicos realizados conjuntamente, y entre los que se cuentan el homenaje a Larra, la visita al Monumento del Soldado Desconocido y la comida de Aranjuez para celebrar la publicación de la novela de Baroja *Camino de perfección*. Seguidamente llega la mención de los actos históricos que influyeron en su vida y en su obra: el protagonista es el desastre, la pérdida de las colonias, que además de calificarles les atañe de un modo decisivo y les aglutina en un empeño: salvar a España. Toda generación literaria necesita de un caudillo ideológico que les conduzca y guíe. La del 98 no lo tiene entre sus miembros y lo busca fuera. La elección recae sobre el filósofo alemán Nietzsche, de influencia decisiva. Se precisa de un lenguaje generacional y se escoge el modernismo. A este respecto, no creo que exista un lenguaje o estilo común a los escritores del 98, y si existe está por descubrir, ya que el modernismo sólo se atisba en los comienzos literarios de Valle Inclán y Machado, que prontamente lo olvidan y cambian el cisne, bello y cosmopolita, suave e intrascendente, por el águila real, española y noble, que vuela alto y simboliza sus afanes. Pero sigamos. Habla Salinas ahora del «anquilosamiento de la generación anterior». Algo había de ello con honrosas excepciones, léase Galdós, Valera, Pardo Bazán. Pero lo importante, a mi entender, no es que existiera este anquilosamiento, sino que la generación del 98 así lo creía y pienso que la causa de esta creencia no fue el convencimiento sino la rebeldía y el afán de renovación. Algunas veces llegaron demasiado lejos en sus apreciaciones, como tan acertadamente dice el gran poeta Vicente Aleixandre en su «Encuentro» titulado «Don Benito Pérez Galdós sobre el escenario» hablando del autor de *Sor Simona*: «Figura casi sobrevivida que

había tenido que contemplar con silenciosa serenidad —el desvío— cuando no la mención agresiva de la generación que le heredara: la del 98 con esa ley de la a veces necesaria incompresión de las edades literarias, habían arrojado la primera piedra, y la poderosa figura, ya granito para mañana, la había recibido en el rostro sin mellarse (¡qué bien se ve hoy!) pero en medio de la completa indiferencia de los que entonces eran la fuerza viva de la literatura militante y también de los que lo serían mañana». ⁷ Resume Salinas diciendo que los elementos exigidos por Petersen como indispensables para la existencia de una generación se dan casi en su totalidad en los hombres del 98.

La estructura

Pedro Laín va a darnos su opinión en el capítulo que titula «La Generación del 98 y su estructura». Declara: «El contorno de este grupo es siempre indefinido y por tanto más o menos convencionalmente trazado por el historiador». ⁸ Se trata de exponer «en primer término la quíntuple indefinición del grupo de hombres llamado del 98» o «las razones de los que creen abstracta y convencional la individualización histórica del grupo». «A continuación y más ampliamente se intenta mostrar cómo se define y constituye positivamente la famosa generación.» ⁹ No hace falta ser un lince para darse cuenta de que lo que en verdad le interesa al historiador es lo segundo. Así nos habla seguidamente sin demasiado convencimiento y menos entusiasmo de la Indefinición Geográfica que es obvia, la Indefinición Social que apenas existe en cuanto a ideas históricas se refiere, la Indefinición Cronológica que Azorín proclama abiertamente en cuanto a gustos y preferencias por los escritores pasados, la Indefinición Temática tan evidente en los del 98 y la Indefinición de la Convivencia en la que se afirma que «la relación personal entre alguno de los miembros del 98 fue muy escasa y apenas amistosa». A mi entender estas circunstancias a las que Laín llama indefiniciones se dan en cualquier grupo de escritores que puedan constituir una generación. Los componentes de cualquier generación, sobre todo si de escritores se trata, tienen una propia personalidad, la cual permite distinciones que hacen posible y necesaria la diferenciación. Y aquí, como dice el erudito, comienza el verdadero problema, «el problema central de la generación del 98». «Todos estos hombres son distintos entre sí y difieren en muchos aspectos vitales. ¿En qué consiste ese parecido histórico en cuya virtud puede decirse que todos ellos constituyen una generación?» Y se contesta de este modo; «voy a describir, en cuanto me sea posible, la biografía del parecido histórico existente entre los hombres del 98».

Nacimiento y adopción

El capítulo trata de la relación que existe entre la visión que los del 98 tienen de su tierra nativa y la que nos ofrecen de su patria adoptada. Los hombres del 98 son, como ya sabemos, por nacimiento periféricos «hombres de confín, de finisterre». Laín,

⁷ *Aleixandre, Vicente*, Los encuentros, «Galdós sobre el escenario». Ediciones Guadarrama, Primera edición, Madrid 1958, p. 158.

⁸ *Laín Entralgo, Pedro*, La Generación del 98, p. 65.

⁹ *Ibidem*, p. 65.

habiendo hablado ya del paisaje inventado de Castilla, extiende ahora su radio de acción y nos presenta dos facetas del paisajismo del 98: la que constituye el recuerdo del primer contacto con la tierra nativa y el descubrimiento del exigüe paisaje castellano al que magnifican «inventándolo». «A Castilla, nuestra Castilla, la ha hecho la literatura», dirá Azorín. Y Laín, tomando como apoyatura la frase que acaba de citar, remacha: «Los cantores del paisaje castellano son auténticos *descubridores* de Castilla y acaso por eso pueden ser inventores de una Castilla. Al estudio de la relación establecida entre aquel recuerdo y esta invención dedica el historiador sus esfuerzos. Se estudia el recuerdo, lo que con más facilidad recordamos, y «desde» qué situación biográfica lo recordamos para llegar a una afirmación categórica: «A los del 98 les ocurre como Unamuno diría de sí mismo: “El paisaje se le hace a uno alma”, y por ello no renuncian a ninguno de los que les tocó contemplar». El nativo, que no olvidan, es descrito tierna y nostálgicamente siguiendo, unas veces más y otras menos, los parámetros realistas; al adoptado (y aquí se insiste en lo anteriormente dicho) se les descubre por medio de la *Historia* y se le inventa viéndolo a través de la *Intrahistoria* (ya se hablará después de la Intrahistoria). El paisaje es, pues, un paisaje creado en función de los que lo habitan y por eso mismo sólo son favorablemente juzgados sus moradores cuando llegan a ser parte integrante de él, cuando, para usar la propia expresión de Unamuno «dejan de ser sujetos activos de la historia y se convierten en titulares de la intrahistoria». E igual que Unamuno, Azorín que «tal sea el más inventor de los inventores de Castilla» y Baroja, con sus «dos pequeñas patrias» de donde proceden sus inspiraciones literarias; y Machado, el gran cantor de Castilla, sin olvidar «el patio donde florece el limonero» e incluso Valle-Inclán, aunque sea éste el más entregado a su Galicia y no deje caer su mirada sobre Castilla muy a menudo. En el paisaje del 98 entra, pues, el hombre que lo habita y con el que no están conformes sus autores. He aquí el dilema. El paisaje es inmutable y no se puede cambiar; por otra parte, el hombre sí que ofrece una posibilidad de cambio, educándolo, reformándolo, mejorándolo hasta casi crearse un hombre nuevo, y ésta podía ser la solución. Así, es el paisaje habitado lo que les concierne. El hombre también es paisaje. Es preciso convertir el paisaje en hombre o por lo menos verlo en función del hombre y que así pueda servir al propósito reformador del que nace el 98. La misión de los escritores de postguerra es reconstruir lo que destruyó la guerra y el 98 es, en mi opinión, una generación de postguerra, pues llega a la palestra después del «desastre». Se da, pues, en nuestros hombres una conjunción del paisaje naturalmente recordado y el por necesidad adoptado. Laín Entralgo la define así: «En el paisaje de la provincia nativa —un paisaje remoto, transfigurado por la distancia y la nostalgia— están anclados los recuerdos infantiles de todos los escritores del 98. A ese paisaje se unirá luego otro descubierto y conquistado ya avanzada su juventud: el paisaje de Castilla. Estos dos paisajes, el provincial y el castellano, nupcialmente enlazados en las almas de todos, incitan en ellos, con rara constancia un sentimiento completo, en el cual se funden el gozo del descanso, cuando la tierra se ofrece desnuda e intacta, y una acerba desazón humana y española, cuando el hombre proyecta su sombra sobre la tierra».¹⁰ Y este paisaje en el cual el hombre proyecta su sombra sobre la tie-

¹⁰ *Ibídem*, p. 95.